

# **CUADERNOS DEL ARCHIVO**

AÑO I (2017), N° 2

**Publicaciones del Centro DIHA  
(Centro de Documentación de la  
Inmigración de Habla Alemana en la Argentina)**

Ed. Dra. Regula Rohland de Langbehn

## **Comité Editorial:**

Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)  
Prof. Laura Carugati (Univ. Nac. De San Martín, UNSAM)  
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires, UBA)

## **Consejo de Redacción:**

Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)  
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA)  
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dra. Silvia Glozer (UBA, Biblioteca Nacional Dr. Mariano Moreno, Bs. As.)  
Dr. Robert Kelz (Univ. of Memphis, EEUU)  
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)  
Dr. Arnold Spitta (UNSAM)

# **Ella Brunswig**

## ***Nuestros comienzos en Sudamérica***

Traducción: Macarena Mohamad

Desembarcamos en Buenos Aires la madrugada del 3 de febrero de 1923, después de una zarandeada travesía por el Río de la Plata desde Montevideo. Yo venía con mis tres hijas pequeñas: María, de siete años, y las gemelas Irene y Anneliese –Iya y Asse–, que habían cumplido seis años el día anterior. También venía con nosotras Berta Freytag, mi criada desde hacía años, sobre quien más adelante contaré algo interesante.

La primera impresión que me causó la gran ciudad, parecida a una pintura al pastel en la leve bruma matinal, quedó nítidamente grabada en mi memoria, y muchas veces repetí para mis adentros las dos palabras que me vinieron a la mente aquel día: “extraña” y “agradable”.

Nos esperaba el matrimonio Kuhn, a quien no conocíamos. El señor Kuhn era el representante de la fábrica de relojes Junghans en la Selva Negra. Un compañero de la marina de Hermann, nuestro buen amigo Alex Weiss, estaba casado con una hija de Junghans. Habíamos estado en su boda en Schramberg, y ellos nos habían preparado ese grato recibimiento en el país extranjero. Permanecimos muy poco tiempo en la ciudad, menos de tres días. Luego seguimos viaje rumbo al sur, en el precioso vapor *Buenos Aires* que nos llevó a nuestro destino, San Julián, desde donde luego iríamos a la estancia Lago Ghío, a reunirnos con Hermann.

Para mi ligera decepción, Hermann no se hallaba en San Julián. No había podido dejar el trabajo. Nos acompañaría un conocido suyo, el señor Gladisch. Pero cuando desembarcamos justo era carnaval, y en cierto modo ahí empezó la vida en serio. Ninguno de los habitantes de San Julián podía privarse de ese gran placer. El corso vespertino era el apogeo de la vida social de aquel pueblito, por lo demás bastante aburrido. De modo que tuvimos que esperar tres días para poder proseguir nuestro viaje.

Esos tres días en el Gran Hotel Comercio fueron una dura prueba de paciencia. Los paseos con las niñas por la única calle azotada por el viento no ofrecían ningún incentivo. Los toneles de hierro que había al borde de la calle –y que yo tomé por cubos de basura– contenían diminutos arbolitos que sólo podían crecer hasta el borde, porque el viento arrasaba cualquier rama que osara llegar más alto.

Después de que oscureció empezó el corso. Consistía simplemente en una caravana de autos que desfilaban sin interrupción por la única calle ancha del pueblo, pero parecía entusiasmar a todo el mundo. Nosotras, las niñas y yo –porque por supuesto Berta no quiso perderse aquella magnífica diversión–, contemplamos desde nuestra ventana aquel espectáculo extraño y, de nuevo, a la vez muy agradable. Infinidad de perros ladraron sin parar a lo lejos hasta la mañana siguiente.

En una carta que encontré al llegar al hotel, Hermann me aconsejaba que comprara antiparras para todas, porque el intenso viento del oeste, contra el cual viajaríamos en el automóvil abierto, sería muy molesto para los ojos. Hicimos la compra en el único *almacén* de *ramos generales* del pueblo, donde había todo, absolutamente todo lo necesario para la vida diaria, desde alfileres hasta monturas. Interesantísimo en comparación con las costumbres europeas. No hizo falta que pagara mis compras allí, las cobrarían en la *oficina central*.

La última tarde, mientras dábamos uno de nuestros paseos, un chico salió corriendo de aquel almacén y me entregó un sobre azul. Supuse que se trataba de la factura de nuestras pequeñas compras, así que la guardé en la cartera sin abrirla. Más tarde, cuando nos estábamos cambiando para la cena, la carta cayó en mis manos y la abrí para ver cuánto costaban las cosas que había comprado. Pero ¡qué susto me llevé! No era en absoluto la factura esperada sino... una carta de amor, con un bello encabezamiento: "A la única dama noble de esta región", firmada: ¡Carlos Polke! No tenía idea de quién podía ser Carlos Polke. Se me cayó el alma a los pies. Imaginé mi llegada al país extraño ensombrecida por un duelo que afortunadamente jamás tuvo lugar. En el comedor le pregunté al camarero quién era el señor Polke. "El señor de la mesa de al lado", me enteré.

Comimos lo más rápido posible, pero antes de terminar apareció aquel hombre que me devoraba con los ojos. Tomé a las gemelas de la mano y anuncié en voz alta al camarero que nos marchábamos a la mañana siguiente, a las siete, que hiciera el favor de despertarnos a las seis. Después salimos ostentosamente y por las dudas cerré con llave la puerta de mi habitación. Nunca se sabe lo que puede pasar en un país donde una sufre ataques tan curiosos. Por suerte no pasó nada. A la mañana siguiente, el auto del señor Gladisch se encontraba puntualmente en la puerta y ocupamos nuestros lugares: María, adelante con el señor Gladisch, yo, atrás entre las dos pequeñas. El señor Gladisch me explicó que las puertas del auto estaban fuertemente amarradas a causa del viento. En los estribos iban atados listones de madera, palas, bidones de gasolina y de agua, de modo que había que trepar por encima de todas aquellas cosas para poder llegar a los asientos. Una vez más, extrañeza y aventura. El camino iba en línea recta hacia el oeste. Aparte de los alambrados a derecha e izquierda, casi ninguna señal indicadora. Puñados de hierba y, cada tanto, una manada de guanacos, ovejas y algún que otro ñandú. Sin embargo, todo era muy interesante y curioso, que no es algo que normalmente pueda decirse de aquella región. Las niñas estaban encantadas, todo les parecía maravilloso. Cuando se cansaron, apoyaron sus cabecitas en mi regazo y se durmieron tapadas con una manta abrigada. Me pidieron que las despertara sólo si volvían a aparecer guanacos o alguna otra cosa interesante.

Así fue hasta las nueve de la noche, con un breve descanso para almorzar en un *boliche*. Cañadón, se llamaba la primera parada donde pasamos la noche. Descendimos por un hondo arroyadero. Ya era noche cerrada. La casa que nos acogió parecía sumida en un profundo sueño, pero apenas nos arreglamos un poco, nos llamaron a comer y, para mi gran sorpresa, nos sirvieron una cena con varios platos según los criterios alemanes. En la mesa había jarras de vino

tinto y cestas con exquisito pan blanco. ¿Cómo lo harán?, me pregunté. Y disfrutamos de la cena.

A la mañana temprano seguimos viaje. Poco a poco la naturaleza fue volviéndose menos monótona, y muy a lo lejos, en el horizonte, apareció ante nosotros una sombra azul. ¿Sería ya la Cordillera? Pasó un día entero hasta que quedó claro que estábamos acercándonos a las montañas.

La segunda noche la pasamos en Las Horquetas. Las niñas encontraron en el patio el caparazón vacío de un peludo: un tesoro de lo más interesante. En la pared de nuestra habitación había colgada una cola de caballo o de vaca... ¡con un peine escondido para usar a discreción! Todo era sumamente raro.



Vista desde Lago Ghío hacia el Lago Buenos Aires, foto: Hermann Brunswig

Y por fin llegó el último día de aquel largo viaje. A ambos lados del camino se amontonaban románticos peñascos, mesetas y rocas que parecían sarcófagos gigantescos. Uno no se daba cuenta de lo enormes que eran las distancias y las dimensiones hasta que el ojo aún desacostumbrado divisaba muy a lo lejos un caballo, pequeño como el de un soldadito de plomo. Yo estaba fascinada con aquella naturaleza grandiosa, imponente, como pocas veces lo he estado en mi vida, salvo con el océano. A media tarde, cuando franqueamos una tranquera, el señor Gladisch les dijo a las niñas:

–¡Bueno, ahora sí, ya estamos en el campo de papi!

–¡Ah, qué hermoso! ¡Los arbustos de papi, las piedras de papi, las ovejas de papi! –exclamaron encantadas las dulces niñas que habían soportado un largo viaje, bastante duro y aburrido para ellas, sin quejarse o encapricharse ni una sola vez.

Entonces llegó el muy ansiado momento que esperábamos desde hacía tres años. Nos abrazamos. ¡Al fin estábamos en casa! Y una vez más fueron las niñas con su júbilo, ese júbilo con el que celebraban y admiraban todo, quienes corrieron de raíz cualquier atisbo de melancolía o debilidad.



Estancia Lago Ghío, foto: Hermann Brunswick

Por supuesto, lo primero de lo que nos apropiamos y lo primero que inspeccionamos fue la casa. Se trataba de una construcción de adobe cuadrada, con cuatro habitaciones separadas por un pasillo que iba desde la puerta de entrada hasta el fondo, y un cuarto adosado, algo tosco, llamado *“media agua”*, donde se conservaba la carne y podía llegar a dormir –de forma un poco precaria– un huésped habituado al campo.

A la derecha de la puerta de entrada se hallaba la sala de estar, muy acogedora, con pieles en las paredes, coloridas mantas indígenas sobre la mesa y las sillas, y una chimenea en el rincón. Al lado, nuestro dormitorio, muy bien amueblado; enfrente, el cuarto de las niñas, también con chimenea; y frente a la sala, la cocina ennegrecida por el humo, donde, según las costumbres del país, transcurriría la mayor parte de nuestra vida.

La primera gota de hiel tras el dichoso inicio de nuestra nueva vida cayó en la mañana temprano, cuando Berta se quejó muy disgustada de que le faltaba un espejo. Yo le alcancé el mío y la consolé diciéndole que aún no habíamos abierto las valijas, pero presentí que aquello no presagiaba nada bueno. Y, en efecto, al poco rato declaró que ella no pensaba beber en una *“taza de lata”*, cosa que nosotros sí hicimos hasta que desembalamos nuestras cosas.

Antes de que llegáramos, Hermann tenía un cocinero contratado por la compañía. Un alemán llamado Hein Frees, ya mayor, antiguo marinero de buques de vela. Un típico hombre patagónico. Sobre su vida más vale correr un velo de piedad. Sin duda había vivido innumerables aventuras. Entre otras cosas, me contó que había cazado indios en Tierra del Fuego... ¡a cinco pesos por cabeza! Pero cocinaba como los dioses. Todo el día había en la cocina un montón de latitas al fuego, donde él preparaba unos platos extraordinariamente sabrosos: champiñones, que crecían a montones, con toda clase de hierbas y unos trocitos de carne que no sé de dónde los sacaba. Era delicioso pero por desgracia nunca me puse a imitarlo. Al cabo de unos días –Berta ya había desaparecido, pero eso lo contaré en un apartado especial–, Hein Frees nos dejó, porque en la Patagonia los hombres no trabajan bajo las órdenes de mujeres. Quedé a cargo de la alimentación de mi familia, y fue entonces que empezó para mí la vida muy en serio. Mi preparación para desempeñar el papel o, mejor dicho, el oficio de una mujer de campo era escasa o nula. Me había casado muy joven y provenía de una familia donde siempre habíamos dispuesto de suficiente personal. Luego vino la guerra y cada vez había menos que cocinar, aunque yo hubiera sabido hacerlo. Hasta que, con el “invierno del nabo”<sup>38</sup> y la escasez de la posguerra, de ese poco no quedó casi nada. La primera mañana de mi reinado absoluto en la cocina, cuando Hermann salió a recorrer el campo a caballo, plenamente seguro de mi éxito, me dijo: “El carnero está colgado en el fondo”.

Y en efecto, ahí estaba, carneado con esmero, desollado, bamboleándose colgado de un gancho como en las carnicerías de antes en Alemania. Yo recordaba vagamente todos los platos con cordero que comíamos en casa antes de la guerra: pata de cordero, lomo de cordero á la soubise, cordero con repollo, chuletas de cordero. Pero ¿dónde estaban todas esas partes y cómo se cortaban? Un misterio absoluto. Yo hacía unos cortes desastrosos, no lograba sacar las partes que quería y siempre me quedaban huesos inservibles con bastante carne. Mi complejo de inferioridad, que ya había adquirido grandes proporciones, no dejaba de crecer. Pero como siempre pasa en la vida, cuando uno ya no sabe qué hacer, aparece un ángel salvador. Esa vez apareció en la persona de un ovejero uruguayo que había venido a comprar ovejas. Como es habitual aquí, cuando no estaba en el campo, se sentaba conmigo en la cocina y fumaba sus cigarrillos liados a mano, cosa que a mí me resultaba bastante molesta. Pero poco a poco entramos en confianza, y tras observar mis experimentos con el carnero, me hizo la cordial propuesta de enseñarme a trocear un carnero como es debido. Acepté con alivio y, entre otras cosas, me enteré de que, cortando tal o cual trocito de grasa, uno se encuentra directamente con la coyuntura y, ¡zas!, ya tiene el asado en la mano.

Me dio muchos otros buenos consejos, y pronto aprendí a trocear con esmero el carnero sin que sobrara ni un pedacito. Al poco tiempo no permitía que nadie se acercara a mi carnero. Nadie sabía cortarlo como yo quería.

---

<sup>38</sup> Invierno de 1916-1917, la época más dura de la guerra, cuando ya no quedaban papas y el nabo se convirtió en la base de la alimentación.



Ese escollo estaba salvado, pero quedaban otros peores. Sobre todo, el de hacer el pan. Hein Frees hacía un pan exquisito. Yo lo había visto hacerlo, pero ¡sólo Dios sabe por qué mi pan no era tan bueno como el suyo! Él usaba una vieja olla azul que ya no servía para cocinar, porque tenía un agujero tapado con un trapito. Esa olla contenía una masa de olor ligeramente ácido, la levadura. Según me había dicho Hein Frees, estaba hecha con harina, azúcar y agua, o sea, que era muy fácil. Me propuse preparar una levadura un poco más higiénico en una olla sana y limpia. Pero, ¡ay!, la mía no “levaba”. Con ella el pan no se hacía. Tuve que volver a recurrir a la olla azul remendada, porque, si yo no hacía pan, mi familia no desayunaba.

Poco a poco fue refrescando (por cierto, en esas latitudes ya había un clima otoñal, la noche siguiente a nuestra llegada, el 18 de febrero, cuando en Buenos Aires aún era pleno verano, en casa cayeron las primeras nieves). Entonces se volvió más problemático el asunto de “levar”. Un día me acordé de que la cocinera de mi abuela en su finca de Kobbelbude, en Prusia Oriental, ponía a la noche la masa bien tapada junto a la cocina aún caliente, y a la mañana temprano servía unos maravillosos y frescos pancitos. Quise hacer lo mismo. Dicho y hecho. La masa en sus moldes, bien tapada, reposaba al lado de la cocina, y yo esperaba ansiosa nuestro desayuno del día siguiente. Hermann siempre se levantaba primero y hacía fuego en la cocina. Cuando yo llegaba, ya estaba por hervir el agua para el café. Pero aquella mañana... cuando Hermann salió de la cocina, de inmediato me di cuenta por su cara de que algo no iba bien: la gata, mi querida Mushi amarilla, había pasado toda la noche sobre la masa mullida y calentita, que por supuesto se había convertido en una tortilla achatada. Hermann afirmaba que esa fue la única vez que me vio echarme a llorar. La verdad es que no fue la única, pero por suerte él nunca se enteró.

La nostalgia es una enfermedad infantil. Hay que pasarla, no queda otro remedio. El único remedio es lo que uno mismo hace para remediarla. Yo tenía la firme convicción de que habíamos quemado las naves y sólo restaba una cosa: el “deber”. Es una suerte de imperativo categórico que uno debe imponerse. Enseguida surgen entonces los aspectos positivos que no se veían a primera vista. En nuestro caso también los había, y me ayudaron pronto y rápidamente. En primer lugar, como es natural, las niñas, que desde el primer momento fueron tan felices con su libertad. Aquí podían andar por donde querían. Todo les pertenecía, piedras y palos, plantas y perros, incluso los dos cerdos gordos que salían a pasear con ellas, eran tan mansos que hasta se dejaban montar. Era un paraíso como nunca habían tenido hasta entonces. En Alemania a menudo estaban enfermas, delicadas y desnutridas, aquí florecieron y se desarrollaron espléndidamente.

Con todo, nuestra alimentación distaba mucho de lo que se considera ideal desde el punto de vista científico. No teníamos leche ni manteca ni fruta, y al poco tiempo, cuando empezó a hacer frío, tampoco hubo verduras ni cebollas ni limones. Teníamos buena carne, la mejor carne de carnero que he visto en mi vida y que añoro con frecuencia. Teníamos fideos y arroz, harina y azúcar, café y porotos blancos, todo en abundancia. Aquí mis hijas no pasaban hambre como había ocurrido durante años en Alemania. Incluso teníamos una bolsa de “des-

*corasados*”, duraznos secos, pero sólo los servía los domingos, y contados, para que duraran bastante tiempo. Para reemplazar la mermelada yo preparaba una especie de miel artificial con agua, azúcar y vinagre, que a ellas les gustaba. ¡Consentidas sí que no estaban! Más tarde, cuando hubo calafates, empecé a preparar excelentes postres y también mermelada.

Pero había muchas otras cosas buenas que hacían que la vida fuera fácil y valiese la pena. Los paseos a caballo con Hermann eran maravillosos. Siempre detrás de la tropilla con la yegua madrina y su cencerro al cuello, como es habitual en la Patagonia. ¡Qué distinto al *Tattersall*<sup>39</sup> de Kiel! Desde luego también salíamos a caminar, algo absolutamente desconocido en la Patagonia. La palabra “andarín” es un insulto. En la Patagonia sólo se anda a caballo. Hasta cuando le pedía al peón que me trajera un repollo de la quinta, que estaba un poco apartada, a la orilla del lago, él ensillaba su caballo y cabalgaba detrás de su tropilla esa corta distancia para cumplir mi deseo. Curioso país, pensaba yo a menudo, extraño pero agradable.

¡Y qué hermoso era el resplandor del cielo al amanecer y al atardecer! Las niñas lo llamaban la “luz patagónica”. En el comedor del vapor *Buenos Aires* había un gran óleo que representaba aquella luz. A mí me había parecido artificioso y exagerado. Nunca antes había visto semejantes colores en el cielo. Pero cuando los vi en persona, comprendí que aquel cuadro no era más que un pálido reflejo. Los colores infinitamente más intensos, que iban del amarillo más tenue al verde, pasando por el naranja, el rosa y el rojo, constituían un espectáculo que yo ningún día quería perderme. Y ver volar una bandada de flamencos rojos sobre el fondo de ese cielo colorido era un espectáculo casi sobrenatural.

Por supuesto, el remedio más eficaz contra la nostalgia es una gran dosis de trabajo. ¡Y yo tenía de sobra! A los quehaceres cotidianos se les sumó el hecho de que Hermann llevaba alrededor de medio año sin lavar la ropa, pensando que vendría Berta y que había que darle trabajo. De modo que me encontré con todo un Chimborazo<sup>40</sup> de calzoncillos, camisas, pijamas, etc. Separé todas las prendas que estaban rotas pero podían usarse para remiendos, con lo cual la montaña se redujo de forma considerable. No obstante, había que lavarlo todo. ¿Dónde y cómo se lava la ropa en la Patagonia? No había cañerías ni piletas. En el prado de al lado de la casa manaba una espléndida fuente con un agua magnífica, que solían pedirnos los viajeros que pasaban a caballo. Cada mañana, antes de marcharse, Hermann llenaba los tres baldes que había sobre un banco en la cocina. Pero a mí nunca me alcanzaba con tres baldes, así que tenía que sacar agua yo misma y al hacerlo solía mojarme el vestido y los zapatos. También había una tina grande que, entre otras cosas, nos resultaba muy útil como bañera para las niñas. Ahí lavé la ropa sucia. Puse la tina al fuego con agua, jabón y toda la ropa que cabía, y la dejé hervir bien. Después había que enjuagarla. ¿Dónde hacerlo? Detrás de la casa corría un arroyuelo helado y claro, un arroyo glaciar con agua casi lechosa, congelada. Llevé la ropa ahí y la enjuagué en el

<sup>39</sup> *Tattersall*: picadero o pista de equitación.

<sup>40</sup> Referencia a una montaña sudamericana, emblemática en el imaginario de los alemanes luego de los viajes de Alexander von Humboldt.



agua que corría. A eso lo llamábamos hacer de “Gudrun”<sup>41</sup>. De aquel modo acometí la montaña de ropa sucia, que poco a poco fue reduciéndose. De ochenta pares de medias quedaron cuarenta, y el resto fue destejido, porque con las botas de montar las medias se rompen mucho. Nunca faltaba trabajo, y eso era bueno.

Poco a poco empezó a ser frío. Una pequeña laguna cercana se congeló, y Hermann y las niñas patinaban sobre el hielo. Yo no tenía tiempo para eso. Después comenzó a nevar. Nevaba día y noche, durante muchos días y muchas noches. Primero desaparecieron los manojos de hierba, luego los alhelies que crecían delante de la casa, los arbustos bajos, los alambrados, y el manto blanco llegó hasta las ventanas. Las niñas y yo no podíamos salir de casa. A la mañana, Hermann cavaba con la pala un camino hasta la fuente y hasta el gallinero, sacaba agua y daba maíz a las pobres gallinas. Al poco tiempo esto ya no fue necesario, porque gatos monteses, zorrinos, zorros y otros bichos de rapiña se apoderaban de las gallinas cavando de noche por debajo de la pared. De todos modos no ponían huevos, pero igual era una lástima. Yo las amaba como a todos los animales. Además eran caras. Una gallina costaba lo mismo que una oveja: cinco pesos.

Estuvimos cuatro meses aislados por la nieve, vale decir, incomunicados. A principios de mayo había pasado por casa el último auto. El 7 de septiembre volvimos a ver gente por primera vez. Fue todo un acontecimiento. A la mañana temprano un vecino trajo la noticia de que aquel día vendría el automóvil. En la Patagonia hay una suerte de telegrafía sin hilos que –no se sabe cómo– difunde las noticias por todas partes. Nuestra expectativa aumentó al máximo. Yo me pasé toda la tarde junto a la ventana, desde donde podía verse cuando pasaba alguien por la tranquera. Hermann ya no aguantaba más. Así que puse todos nuestros discos de gramófono y al final de cada uno miraba por la ventana. Cuando terminó de sonar el último disco, se vio luz a la altura de la *tranquera*. ¡Ahí estaba el auto! Fue una emoción inigualable. Correo, diarios... Hacía cuatro meses que no sabíamos lo que pasaba en el mundo. ¡Sólo de mi madre, diecinueve cartas! Leímos toda la noche, charlamos, y casi nos morimos de la emoción. Hay que vivirlo para entenderlo. Las largas horas de monotonía y a menudo también de angustia durante el largo invierno se borraron en aquellas horas del feliz reconexión con el mundo de ahí fuera.

¡Qué no habíamos hecho para intentar llenar la soledad! Todas las mañanas yo esparcía migas de pan en la nieve para los pájaros. Rápidamente se corrió la voz en su mundo y cada vez más pechitos colorados, gorriones y otras aves se reunían delante de la ventana y se posaban en la cerca. Y si alguna vez me demoraba, picoteaban impacientes el vidrio exigiendo su ración. Eran tan mansos y tenían tan poco contacto con seres humanos que hasta me daban saltitos en los pies.

---

<sup>41</sup> Referencia a una heroína de la mitología germana, Kudrun o Gudrun, a cuya historia se dedicó un cantar épico alemán del siglo XIII y varias baladas. Kudrun era una princesa que cayó prisionera y, por negarse a un casamiento con el príncipe enemigo, fue condenada a lavar todo el día la ropa en la orilla del mar. Después de años fue liberada por su gente.

Las niñas habían aprendido a tejer, cosa que se comentaba en toda la Patagonia. También intenté darles clase, pero me faltaba talento para enseñar y además siempre tenía que irme a alguna parte a hacer algo. María había ido durante nueve meses a la escuela en Kiel y ya sabía leer. Yo la había mandado con esa intención. Entonces podía leerles en voz alta a sus hermanas, pero a menudo le resultaba demasiado lento. Entonces seguía leyendo en voz baja y las gemelas se enojaban. En términos generales, María era una niña intelectual, siempre estaba rodeada de un montón de libros. Hasta que un día me cansé y le ordené que leyera de a un solo libro por vez. ¿Y cuál eligió? Un libro de historia natural que yo había comprado expresamente en Alemania para educar a mis hijas. Trataba sobre zoología, botánica, mineralogía y hasta anatomía humana, proporcionaba abundante alimento para su pequeño espíritu curioso.

Cuando llegó el primer automóvil, hacía tiempo que la nieve y el frío habían cesado, pero pasaron semanas hasta que los caminos volvieron a ser transitables.

En junio, cuando afuera había nieve alta, se nos ocurrió improvisar una fiesta de Navidad. Hermann construyó una cocinita de muñecas para las niñas y yo inventé "*braune Kuchen*"<sup>42</sup>. El color marrón lo conseguí con café: una receta inventada por mí. Pero no logramos crear un auténtico espíritu navideño, así que nunca repetimos el experimento.

Cuando llegó la primavera, el campo se cubrió de florcitas. Cuando Hermann salía a caballo, traía huevos: huevos de avutarda, que son exquisitos, y de vez en cuando un huevo de ñandú, con el que podían prepararse toda clase de platos sabrosos. Por curiosidad, pesé la cáscara, la yema y la clara: ¡pesaba lo mismo que dieciocho huevos de gallina! ¡Y qué cosa tan buena para las niñas! Sin embargo, nos parecía que los huevos de ñandú, hervidos o fritos, tenían un sabor un poco acre, precisamente: ¡sabor a ñandú!

Como nos habíamos ido de Alemania poco después de Navidad, el 4 de enero, las niñas habían traído un montón de juguetes que les habían regalado. En la aduana de Buenos Aires tuve que vaciar hasta el fondo la valija, que no era nada pequeña, y volver a guardar todo. ¿Los funcionarios se habrán pensado que quería abrir una juguetería? Al principio, las niñas jugaban mucho con todas aquellas cosas preciosas, sobre todo con las muñecas. Pero más tarde empezaron a usar como juguetes lo que encontraban afuera. Los palos les servían como caballitos de madera y los cuidaban con mucho cariño, y en general noté que estaban desarrollando su imaginación. Una vez presencié una escena maravillosa: al otro lado de la cerca del jardín había una pila de fardos de lana, a la espera de que una "*tropa*" viniera a llevárselos. Una "*tropa*" consta de una carreta enorme (ahora ese trabajo se hace con camiones), tirada por veintitrés caballos y guiada por un hombre que va sentado en lo alto. Por lo general eran tipos bastante rudos con un látigo largo que llegaba a los lomos de todos los caballos.

Esos grandes fardos de lana eran un magnífico jardín de juegos para las niñas. Un día llevaron sus muñecas y las dejaron allí cuando yo las llamé para

---

<sup>42</sup> Típicas galletas marrones del norte de Alemania, hechas con harina, canela y miel, que se comen en Navidad.

comer. Desde la cocina donde estábamos comiendo podíamos ver el jardín de juegos. De repente vimos que un peón se acercaba a los fardos con pasos sigilosos. De pronto vio las muñecas, según parece nunca en su vida había visto alguna. Se acercó despacio en puntas de pie y de pronto tocó una de las muñecas con el dedo índice. La muñeca se cayó de espaldas. El hombre, asustado, dio un salto hacia atrás y se puso a salvo. Seguramente habrá creído que se trataba de pequeños seres vivos.

Aquellos gauchos eran muy primitivos, y no siempre resultaba fácil reaccionar correctamente a su mentalidad. Una vez, por ejemplo, Hermann me pidió que le cocinara el puchero, la sopa del mediodía, a nuestro peón, para que el hombre no tuviera que interrumpir el trabajo. Fue en la época en que aún teníamos verduras, así que agregué un poco de coliflor a la sopa. El peón fue a ver a Hermann y le dijo que probablemente la señora no supiera que el coliflor era venenoso. Había tirado la sopa. Entonces le pedí a Hermann que no me hiciera prepararle más el puchero a aquel hombre, no quería envenenarlo.

Aparte de aquel único peón que vivía en la estancia, cortaba leña, carneaba los animales y realizaba toda clase de pequeñas tareas, había sólo dos ovejeros. Todo el campo, diez leguas cuadradas, 40 km<sup>2</sup> según las medidas alemanas, estaba dividido en dos potreros. En cada uno se hallaba un ovejero en su *puesto*. Tenían que supervisar el alambrado recorriéndolo a caballo, desollar las ovejas muertas, controlar las ovejas y todo lo que hiciera falta. Cada dos días venían a la estancia, se reportaban y se llevaban su ración de comida. En la Patagonia, los ovejeros son importantes. Se les paga bien, y se lo hace en función del número y la calidad de sus perros, que desempeñan un papel importante en el trabajo con las ovejas. Uno de nuestros ovejeros, llamado Payán, un indio paraguayo, era un tipo muy especial. Montaba como si el caballo y él fueran uno solo, era un excelente domador y se le notaba lo orgulloso y seguro de sí mismo que se sentía. Cuando desmontaba y estaba en tierra, rengueaba como un pez fuera del agua. Parece que una vez se había caído del caballo y se había roto una pierna que fue mal curada, porque por aquel entonces en la Patagonia no había médicos.

Cuando Payán venía a la estancia, antes que nada ataba su caballo a su propio *palenque*. Jamás se habría rebajado a atarlo al *palenque* que usaba el peón. Su conciencia de clase se lo impedía, a pesar de que en otros tiempos él también había sido peón.

Después venía a visitarme. Con tal fin extraía del bolsillo de su holgada *bombacha* un alfiler de gancho grande. ¿De dónde lo habría sacado? Se lo prendía con esmero en el sombrero. Normalmente, para trabajar usaba una boina vasca, pero para un acto tan solemne como hacerme una visita a mí, se ponía *sombrero*. Así, vestido de gala, entraba en mi cocina y me saludaba ceremoniosamente. Intercambiábamos algunos cumplidos –mi español todavía era muy rudimentario– y luego se despedía. Una vez fuera, se sacaba el sombrero, volvía a guardar el alfiler en las profundidades de su *bombacha* y se iba a cumplir con sus demás obligaciones. Todo tenía su ceremonia y su importancia, a fin de cuentas no era tan distinto de lo que ocurre en nuestro país. Como ya dije, los ovejeros ganaban un buen sueldo. Pero como casi no tenían ocasión de gastar, en poco tiempo

se acumulaba un considerable capital en sus cuentas de la *oficina* de San Julián. Cada dos años cuando se sentían ricos como Crespo, renunciaban a su trabajo, retiraban su dinero, se compraban ropa nueva, reservaban un pasaje de primera clase en un vapor y se marchaban a Buenos Aires. Por las dudas dejaban pago el pasaje de vuelta. En Buenos Aires se daban la gran vida durante unas semanas, despilfarraban el dinero hasta que no les quedaba nada. Después emprendían el viaje de regreso, sin un peso en el bolsillo y con el corazón enfermo<sup>43</sup>, y cuando llegaban a San Julián, volvían a pedir trabajo en la vieja *oficina*. La vida empezaba de nuevo.

Hablaré ahora de la estancia en su conjunto. Pertenecía a una empresa llamada Hobbs & Cía., propiedad de un tal señor Hobbs<sup>44</sup>, inglés, naturalmente. Los argentinos no sabían de la Patagonia mucho más aparte de que era un lugar “muy frío”. El señor Hobbs vivía con su familia en Punta Arenas, en una hermosísima casa lujosamente amueblada. Estaba casado con la hermana de la mujer del cónsul alemán en Punta Arenas, el señor Stubenrauch. Éste a su vez era hermano de un almirante alemán, de cuya familia nosotros éramos muy amigos en Kiel, y a través del cual Hermann, tras haber perdido su puesto en la estancia La Anita, que fue destruida durante la famosa huelga<sup>45</sup>, había llegado a Hobbs & Cía. y había trabajado primero en la estancia Río Baker. Casi todas las estancias pertenecían a un grupo no muy grande de socios, formado por los Braun, los Menéndez, los Campos, los Bridges, los Hobbs, Sara Braun, etc.<sup>46</sup> Con diferentes nombres y combinaciones, eran siempre los mismos socios los que constituían todas las sociedades dedicadas a la ganadería ovina. La mayoría de los que trabajaban en las estancias como administradores eran ingleses, escoceses y también alemanes. En las de Hobbs, por ejemplo, había tres administradores, todos alemanes. Las tres estancias se llamaban Río Baker: la más grande, donde estaba el señor Mackeprang, parte de la cual se encontraba en territorio chileno y contenía grandes porciones de territorio aún inexplorado,

---

<sup>43</sup> Cita de un muy conocido poema de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), “Der Schatzgräber” [El buscador de tesoros], del cual se desprende la moraleja de que es mejor trabajar que ser rico. La frase citada se hizo proverbial en el habla alemana.

<sup>44</sup> Ernest William Hobbs (1866, Inglaterra – 1948, Santiago, Chile), inglés, se formó con un tío suyo en las Malvinas, luego trabajó en la Patagonia asociado, por ejemplo, con Rodolfo Stubenrauch (1857, Alemania – 1929, Punta Arenas). A partir de 1884 hasta 1896 fue cónsul inglés en Punta Arenas y ofició a cargo del consulado alemán desde 1892, siendo nombrado en 1896 cónsul alemán. Comerciante y empresario, estanciero y socio en emprendimientos agrícolas de la Patagonia, perteneció al grupo de terratenientes contra los que se dirigieron las graves huelgas en las estancias patagónicas hacia 1920. Stubenrauch fue el primer intendente de Punta Arenas en 1919-1925.

<sup>45</sup> Se refiere a un episodio de la huelga de 1921, ocurrido en enero. Hermann Brunswig vivió entonces unos días críticos en la estancia La Anita, propiedad de familia Braun Menéndez. Los huelguistas lo tomaron como rehén, pero lo soltaron en el mismo mes de enero y él se dirigió entonces a Punta Arenas. La Anita era la estancia en la que, al final del mismo año, se produjeron históricas ejecuciones de huelguistas. Véase sobre el tema *La Patagonia rebelde* de Osvaldo Bayer (tomo II *La masacre*). Brunswig hizo entonces su expedición al Río Baker y luego fue empleado como administrador de la estancia Lago Ghío.

<sup>46</sup> Referencia a la Sociedad Posadas, formada por estos estancieros, por la que Lucas Bridges se dedicó en los años siguientes a establecer una conexión desde el Baker hacia el Océano Pacífico, apta para la exportación de lanas de las estancias argentinas.

luego Lago Posadas, donde estaba el señor Wlotzka, un poco más pequeña, y la más pequeña de todas, donde estábamos nosotros, Lago Ghío. La nuestra albergaba 10.000 ovejas en una superficie de diez leguas cuadradas, no demasiado para el estándar patagónico.

El socio de Hobbs & Cía. que se interesaba específicamente por las tres estancias era el señor Lucas Bridges<sup>47</sup>, hijo de un misionero inglés de Tierra del Fuego, Thomas Bridges. Ese tal Thomas Bridges había sido un huérfano en London Bridge, de ahí su nombre. Como solía ocurrir en Inglaterra en aquella época, una familia rica y piadosa había acogido y criado al niño, pero lo había destinado desde el principio a la misión. Cuando el chico cumplió quince años, la familia Reynolds emprendió un viaje alrededor del mundo llevando consigo a Thomas. En aquel viaje llegaron hasta las islas Malvinas, a las que los ingleses llaman Falkland. En aquel entonces aún vivían allí los aborígenes que se han extinguido hace mucho tiempo. El joven Thomas aprendió con asombrosa rapidez la lengua de los aborígenes y por esa razón fue destinado a la labor misionera en aquellas zonas remotas. Cuando concluyó su formación misionera, se casó con una mujer en Londres y viajó con ella a las islas Falkland. Allí la dejó porque ella estaba esperando su primer hijo, y él se dirigió a Tierra del Fuego para buscar casa. Cuando regresó a las Falkland para buscar a su mujer y a su pequeña hija que había nacido entretanto, debido a los temporales desfavorables tardaron seis semanas en cruzar el Cabo de Hornos en un bote abierto antes de poder bajar a tierra. “Me quedo aquí y nunca más vuelvo a hacer semejante viaje”, cuentan que dijo la joven señora Bridges cuando volvió a pisar tierra firme.

Poco a poco, Thomas Bridges logró pacificar a las tres tribus indígenas que combatían sin cesar entre sí: los onas, los yaganes y los alacalufes. Debe haber sido una personalidad muy notable. Su familia creció y los hijos fueron educados sólo por él y su mujer. Fue una vida dura la que llevaron los Bridges y está genialmente descrita en el libro de Lucas Bridges *The uttermost part of the world*<sup>48</sup>. Luego adquirieron la estancia Puerto Harberton, cerca de Ushuaia y llegaron a ser gente importante. El hijo Lucas participó en la primera guerra mundial y se casó en Londres con una profesora de piano, a la que también llevó a Tierra del Fuego, aunque parece que ella no logró adaptarse del todo a esa dura vida. En verano el señor Bridges venía siempre a la Patagonia, a la que amaba mucho. Los inviernos, cuando aquí no había nada que hacer, los pasaba en Inglaterra o en África, donde también poseía tierras. Era un hombre de campo como no hubo otro igual, cacique de una tribu india de Tierra del Fuego, el rey sin corona de la Patagonia.

---

<sup>47</sup> Lucas Bridges (1874-1949), hijo del famoso misionero fue un importante estanciero que trabajó en sociedad con otros latifundistas patagónicos. Eximio conocedor de los pueblos indígenas fueguinos y de sus lenguas, cerca los que pasó su infancia y adolescencia. En 1948 publicó su libro *Uttermost part of the earth*, Londres: Hodder & Stoughton; en castellano, *El último confín de la tierra*, Buenos Aires: Emecé, 1951. La historia familiar de los Bridges se narra en este texto con suficiente corrección; llama la atención que al padre adoptivo se lo llame por el apellido Reynolds, mientras que en Wikipedia aparece con el nombre de Georges Despard.

<sup>48</sup> La mención de este libro establece una fecha *a quo* para el presente texto: es posterior a 1948.

Disparaba con la mano izquierda desde una esquina o, si era preciso, a través del bolsillo. Para mí, que nunca había visto una persona igual, conocerlo fue todo un acontecimiento. Pero tenía fama de odiar a los alemanes y se rumoreaba que cuando viniera a la Patagonia en primavera, despediría a los tres administradores alemanes. A nosotros no nos preocupaba demasiado, porque Hermann había recibido una oferta para arrendar una estancia en Neuquén, perteneciente a un amigo de su familia, que vivía en Chile y ya era mayor. Un domingo a la tarde, cuando se encontraba de visita en casa Otto Hering, un estanciero amigo, un auto se detuvo frente a la verja del jardín y bajó el señor Bridges con un joven inglés. Debo admitir que yo aún sufría una leve psicosis de la guerra. Era el primer inglés que veía después de la guerra, lo cual me cohibía un poco. Tomamos el té en la cocina, y cuando nos paramos, el señor Bridge me llamó aparte y me preguntó si me daban miedo las enfermedades. Dijo que en ese caso se quedaría en el galpón, porque no se sentía bien. Fue entonces cuando lo miré con atención por primera vez: ¡Dios mío, ese hombre volaba de fiebre! La psicosis de la guerra desapareció en el acto.

Le di a entender que se encontraba en mi casa y por lo tanto debía hacer lo que yo dijera, que prepararía enseguida nuestro dormitorio, que debía acostarse de inmediato y que a su acompañante, el señor Cossentine, le dejaríamos la otra cama. ¡Y él aceptó! Entonces me di cuenta de lo enfermo que estaba. Que un hombre de la Patagonia aceptara la cama de una mujer, más aún tratándose del señor Bridges, era prueba suficiente de que me encontraba frente a un enfermo grave. Hermann y yo pasamos la noche con las niñas. Las gemelas en una cama y María conmigo. Era muy incómodo, pero no había alternativa. Los siguientes días fueron angustiantes, la fiebre subía y subía. Yo no sabía qué le pasaba y es el día de hoy que sigo sin saberlo. Todos los remedios que encontré en nuestro pequeño botiquín de campo resultaron ineficaces. Por otro lado, el señor Bridges había traído consigo un bolso lleno de armas que guardaba en su cuarto de enfermo. Muchas veces desvariaba y en su delirio febril luchaba con indios y animales salvajes. Yo tenía miedo de que provocara una desgracia con las armas. Pero ¿cómo podía sacárselas? De buena gana nunca me las habría dado. Entonces se me ocurrió una idea. Como mi ropero se encontraba en su habitación, simulé que quería sacar mi ropa. Coloqué un montón de prendas en el bolso de las armas y me llevé todo junto. Creí que había sido muy astuta. Pero a la noche, cuando le hice la cama al señor Bridges, descubrí un revólver debajo de la almohada. Le pedí que me lo diera, pero no quiso. "*I never part with a weapon*"<sup>49</sup>, dijo, y tuve que resignarme. Al cabo de unos días, la fiebre seguía siendo muy alta y noté que se avecinaba la crisis. Había que hacer algo. Lo único que se me ocurrió fue envolver el cuerpo en toallas húmedas heladas. Al anochecer, cuando Hermann volvió del campo, fui al corral de los caballos donde estaba desensillando y le dije lo que temía: "Si no hacemos algo, se nos morirá entre las manos, no sé si podremos salvarlo, si su corazón resistirá –al fin y al cabo era un hombre de más de cincuenta años–, pero tenemos que hacer algo". Después fui a ver al señor Bridges y le conté lo que pensábamos hacer. Con voz débil repuso que

---

<sup>49</sup> La expresión significa: "*I never part without a weapon*", 'No salgo sin arma'.



lo mejor sería que él mismo se metiera en el frío arroyuelo que había detrás de la casa. Por supuesto que eso era imposible. Luego me dictó una carta de despedida para su mujer. Sabía muy bien lo que le pasaba. Me dictó también un telegrama para un amigo, el señor Rennard, dueño de una estancia, Cañadón de las Vacas, cerca de Río Gallegos, que una vez había pasado por nuestra casa. El texto decía: “*No foul play, Lucas*”. Yo no comprendía qué podía significar eso, pero no era momento de pedir explicaciones. Insistió en que debíamos despachar el telegrama inmediatamente después de su muerte, con el *chasqui* más veloz, a la estafeta de correo más cercana. ¡Dios, cuántas semanas tardaría! Y recién después notificar su muerte a la comisaría más próxima. No entendí nada de todo eso. La explicación la conocí mucho tiempo después.

Luego fuimos a buscar mis toallones, que todavía seguían guardados en las valijas que estaban en el *galpón*, ya que hasta entonces no habíamos podido ni pensar en bañarnos. Los sumergimos en el agua helada del arroyo, las escurrimos y envolvimos en ellos al pobre señor Bridges. Fue un shock tremendo, lloraba como un niño. Cuando el toallón se calentó con el cuerpo ardiente, trajimos otro helado y repetimos el procedimiento varias veces. Después abrigamos bien al pobre hombre, que enseguida se quedó dormido. Para Hermann y para mí fue una noche angustiada, pero –gracias a Dios– a la mañana siguiente la fiebre había disminuido. Respiramos aliviados. ¡Estábamos tan contentos! Como es lógico, el paciente quedó sumamente débil. Apenas podía levantar la mano. Yo tenía que darle de comer con una cucharita como si fuera un bebé. ¡Con todo lo que había para hacer! ¡El trabajo apremiaba tanto! A menudo, el señor Bridges me decía en voz baja: “*Not so quick*”, entonces me sentía avergonzada. Pero casi no daba abasto con todo. A la noche nos metíamos en las camas sin hacer. Nunca hacía tiempo a ordenar. Porque –no me pregunten cómo– en el campo enseguida se corrió la voz de que Lucas Bridges estaba enfermo en Ghío, y venían gauchos de todas partes a verlo. Muchos tenían algún favor que pedirle. Otros le habían encargado que les comprara cosas en Inglaterra. ¡Es cierto que era el rey sin corona de la Patagonia! Era un continuo ir y venir en nuestra pequeña y por lo común tranquila estancia. Y había que darle de comer a todo el mundo, todos se quedaban a pasar la noche con nosotros. Bueno, eso no era tan terrible. Se acostaban en el pasillo sobre sus aperos, y a la mañana yo, cuando salía del dormitorio, tenía que pasar por encima de todos esos hombres que estaban durmiendo y roncando. Y era tan tonta, estaba tan poco acostumbrada al campo que en lugar de darle a cada uno un trozo de carne y una caja de fósforos para que se hicieran un asado –todos llevaban su facón en la faja–, cocinaba comida de verdad. Además, todos querían pan, y yo tenía que hornearlo. No era poca cosa. Además, el señor Cossentine, el joven inglés al que el señor Bridges había conocido en el vapor y había invitado a ir con él al campo, era un gran fotógrafo, lo cual entusiasmaba a Hermann. De día, ambos fotografiaban todo lo que se podía fotografiar, y de noche, cuando yo terminaba de lavar los platos, ordenaba todo después de la cena y me iba a dormir lo antes posible, ellos revelaban las fotos. Todas mis fuentes y platos hondos servían para poner los negativos en remojo. Al entrar en la cocina a la mañana, me encontraba por todas partes con esos valiosos negativos, sumergidos en agua, que por nada

del mundo se podían tocar. ¡No me faltaba diversión! Para colmo se anunciaba ya nuestro hijo mayor, que nacería tiempo después en Chile, pero ése era un secreto que yo tenía bien guardado.

Cuando el señor Bridges se dio cuenta de lo agobiada que estaba yo de trabajo, me propuso hacer venir a su hermana de Tierra del Fuego: "*You need not bother of her, give her a piece of meat and some matches and she is all right*". Pero por suerte no vino. No me hubiera sido útil una persona más en nuestra pequeña casa. Una vez nos llevamos otro pequeño susto: volvió la fiebre. Por suerte, esta vez se pasó sin tratamientos de agua fría. ¿Qué era lo que había pasado? El señor Bridges lo confesó. Vanidoso como todos los hombres (?!)<sup>50</sup>, pese a mi estricta prohibición se había levantado de la cama para mirarse en el espejo y ver qué aspecto tenía.

Luego vinieron las semanas de la convalecencia, que fueron hermosas para todos nosotros, ya que del gran temor y de la preocupación nació una verdadera amistad, una amistad que contrarrestó todo, la psicosis de la guerra y la germanofobia. Sólo quedó lo humano, que está por encima de la razón. Cuando el señor Bridges pudo volver a levantarse y caminar, fabricaba carritos y juguetes para las niñas con cajas y latas, me ayudaba a secar los platos y de noche nos sentábamos en la sala al calor de la chimenea y él contaba historias. Nos habló de su juventud en Tierra del Fuego. Ante mis ojos surgió un mundo desconocido, más cautivante que todos los libros de Karl May<sup>51</sup>: sus amigos, los onas, los yaganes, que lo habían elegido cacique; sus padres, el gran misionero Thomas Bridges, que los había pacificado, que había instruido tan bien a sus hijos que cuando se enrolaron en el ejército, aprobaron los exámenes con las notas más altas. Recién a los veinte años Lucas Bridges fue a Buenos Aires, era la primera vez que estaba en una ciudad. Cuando caminaba por la calle Florida y veía los maniqués en las vidrieras, apenas podía mirarlos de la vergüenza que le daban.

¿Y por qué me había dictado aquel extraño telegrama cuando creía que se iba a morir? "Claro, usted no puede comprenderlo. Si yo hubiese muerto en su casa, yo, Lucas Bridges, el inglés, el gran inglés en casa de un alemán, poco después de la guerra, me habrían enterrado mucho antes de que la policía hubiese podido certificar mi muerte natural. Los policías los habrían detenido a ustedes y los hubieran acusado de asesinato." Nadie, ni siquiera el cónsul alemán de Río Gallegos, hubiese podido salvarnos. Solamente su amigo Rennard, con el telegrama que decía "*No foul play, Lucas*" en la mano, habría podido ayudarnos. ¡Qué salvaje era aún el país en que nos habíamos metido! A mí me habían aconsejado varias veces que, si me veía obligada a defenderme con un arma de fuego –cosa que me resultaba bastante inconcebible–, tirara siempre de frente y a la cara, no a las piernas como en Europa, porque, de lo contrario nunca más podría pasar tranquila por el lado de un arbusto. Menos mal que nunca me

<sup>50</sup> (?!): Signos añadidos por la persona que transcribió el texto mecanografiado utilizado como base para la presente traducción.

<sup>51</sup> Karl May (1842-1912), autor de célebres narraciones de aventuras que han deleitado a los lectores juveniles alemanes durante todo el siglo XX. Winnetou, Old Shatterhand y otros héroes creados por May en sus sagas del Cercano Oriente (Arabia, Egipto) y de América del Norte se convirtieron en ídolos de la juventud alemana.

vi en semejante situación. El señor Kloss, el chofer alemán que trajo nuestro equipaje y a Berta cuando llegamos, y que periódicamente llevaba la correspondencia y provisiones a una serie de estancias, me contó una vez que había encontrado al dueño de una estancia asesinado en el piso de la cocina. ¿Qué hacer? Si seguía viaje, hubiera resultado sospechoso de asesinato, ya que no podía borrar las huellas de su auto. De modo que dio la vuelta, regresó a la comisaría más cercana y denunció el horrible hallazgo. A pesar de su declaración, lo tuvieron preso hasta que sacrificó todos sus ahorros para obtener la libertad. Todos esos gauchos patagónicos eran tipos duros, a menudo aventureros. Así los hacía la vida en el sur. En todo un año no vi ni una sola mujer. Era un mundo de hombres, y seguro que yo con mis tres niñas pequeñas causaba sensación.

Nuestra llegada coincidió justo con la señalada de los corderos. Los fuertes berridos de muchos miles de ovejas llenaban el aire durante todo el día. Yo quería presenciar aquella actividad. Fui con las niñas a los corrales, pero enseguida vino Hermann y nos mandó de vuelta a casa. Los hombres habían dejado de trabajar y nos contemplaban fascinados. ¡Las mujeres eran un bien tan escaso!

En el invierno habían aparecido por la estancia dos tipos bastante salvajes: un inglés, el señor Bailey, y un matarife norteamericano, el señor Wilson. Eran “tumbadores”, como se decía en la Patagonia, *Speckjäger* (vagabundos; vividores) los llama en alemán Otto Schreiber<sup>52</sup>. Gente sin hogar, que viajaba de estancia en estancia, por lo general con uno o dos caballos. Si encontraban trabajo, trabajaban un poco y después seguían su camino. Dormían en el campo, bajo un arbusto de calafate, carneaban de vez en cuando una oveja o cazaban peludos, y cuando se avecinaba el invierno, se arrimaban a una estancia, donde quedaban bloqueados por la nieve y permanecían allí hasta que llegaba la primavera. Cuando había que ayudar en algo, lo hacían, pero casi siempre se quedaban sentados junto al fogón. Se limitaban a “estar” ahí, como muy bien decía Otto Schreiber. La principal ocupación del señor Wilson consistía en cazar pechitos colorados con una trampa primitiva y después asarlos al fuego.

En el transcurso del invierno surgió el plan de carnear uno de nuestros dos chanchos. Naturalmente yo no tenía idea de cómo hacerlo, pero el señor Wilson afirmó ser un experto en la materia. La preparación de la abundante carne se efectuó en mi cocina, pero pronto los dos héroes se pelearon por el método a emplear, cosa que no fue precisamente beneficiosa para el resultado: ¡todo quedó bastante salado para nuestro gusto!

Habíamos hecho un pequeño cobertizo para los chanchos, pero ellos no lo usaban. Vivían libre y naturalmente en el campo. Cuando la nieve alcanzó un metro de altura temimos que a los chanchos les ocurriera lo mismo que a las numerosas ovejas, que morían miserablemente a centenares. Se apiñaban para darse calor, en torno a ellas la nieve se derretía y luego se convertía en hielo, rodeándolas como una pared rígida de la cual no podían salir, cosa que les

---

<sup>52</sup> Otto Schreiber (1900, Leipzig – 1964 en Colombia) fue el autor de *Im Schatten des Calafate* (A la sombra del calafate) editado varias veces a partir de 1925. Narra allí sus aventuras en la Patagonia.

ocasionaba la muerte. Pero nuestros chanchos eran más inteligentes. Un día muy frío pero con sol vimos una escena sorprendente. La chancha se abrió camino hacia la estancia como un quitanieves y, ¡qué maravilla!, detrás de ella brincaba, vivito y coleando, un lechonchito rosado en la nieve profunda. Seguimos la huella de la cerda para descubrir de dónde venía y bajo un arbusto de calafate grande y tupido encontramos un enorme nido, hecho de ramas y palos artística y firmemente unidos, que aquellos inteligentes animales habían construido. No había nieve que lo atravesara, ni viento que sacudiera esas sólidas paredes. Ahí había parido la mamá cerda a sus crías. Sin embargo, sólo había quedado uno. Mejor no indagar qué había sido de los otros, puesto que seguro eran más. Los cerdos no son muy tiernos de corazón.

Ahora que estoy hablando de los animales, quiero contar algo acerca de los perros, que son los principales ayudantes de los ovejeros. Da gusto ver cómo buscan a las ovejas más alejadas, dirigidos por sus amos, y las guían hasta la estancia con destreza y cuidado. Existen innumerables historias que los gauchos se cuentan junto al fogón sobre la inteligencia de sus perros. Nos abstendremos de decidir si son ciertas o no. Pero muestran cuanto quieren a sus perros.

En cada estancia hay una larga fila de perreras, donde el gaucho encierra a sus perros en cuanto regresa, para evitar que anden sueltos por ahí sin vigilancia y se vuelvan cimarrones.

Los perros –Hermann tenía tres y eran más que unas simples mascotas– eran los compañeros favoritos de nuestras hijas, en especial de las gemelas, que en muy poco tiempo se convirtieron en pequeñas salvajes. Enseguida empezaron a andar en cuatro patas imitando a los perros hasta llegar a hacerlo con asombrosa habilidad. Es más, estaban tan compenetradas con el papel que un día le pidieron a su padre que las fotografiara “como perritas”. En cuatro patas, con la lengua colgando, imitaron fielmente la cara de los perros. Cuando llegaron las copias –las habíamos mandado a revelar a San Julián–, estaban muy impacientes por ver cómo había salido la foto. Pero ¡qué desilusión se llevaron! Estaban plenamente convencidas de que iban a parecer perritas de verdad y se encontraron con que en la foto sólo había dos niñas pequeñas de pantalones rojos, agachadas en cuatro patas, sacando la lengua. Hasta el día de hoy afirman que esa fue la primera gran decepción de su vida.

Las gemelas deseaban fervientemente pasar una noche en una perrera. Yo no se lo permitía. ¡Qué disparatel!, les decía. Pero el señor Bridges las comprendió, intercedió por ellas, y tuve que transigir. Con una manta de lana, cada “perra” se fue a su cucha. Al cabo de una hora fui a verlas y les pregunté cómo estaban. ¡De maravilla! ¿Quieren quedarse? ¡Sí, por supuesto! Después de un ratito, la misma respuesta, aunque en voz más baja. Y media hora más tarde se escabulleron sin decir palabra y corrieron a meterse en sus camas. Fue más inteligente satisfacer su deseo, que nunca más volvió a manifestarse.

Aunque María no estaba tan contenta como las dos pequeñas con aquella vida libre, incluso primitiva y un poco salvaje, ella era la líder y, en caso de duda o cuando había que tomar decisiones, la consultaban y respetaban. Un día que Hermann y yo habíamos salido a andar a caballo después de comer y las niñas se habían quedado solas en casa, apareció un jinete que venía a pedirle un favor

a Hermann. Como de costumbre, entró en la cocina para esperar a que volviéramos. Las niñas cuchichearon: ¿no habría que darle a ese hombre algo de comer? Hasta tal punto se habían acostumbrado a la hospitalidad patagónica que le ofrecieron al huésped un plato del puchero que, como siempre, estaba sobre la cocina. “Qué suerte que mami dijo que no tiráramos la sopa a los chanchos por si venía algún invitado”, dijeron. Menos mal que el visitante tenía sentido del humor, porque él mismo nos contó esta historia con una sonrisa.

Aparte del señor Cossentine, el acompañante del señor Brigdes, tiempo después, cuando éste ya se encontraba mejor, llegó a casa otro joven inglés, el hijo de un amigo, el señor Kiley. Se alojó en un cuarto bastante precario que había detrás de nuestra habitación. Sin duda tenía sentido del humor, porque cuando a la noche Hermann lo llevó a su dormitorio, donde estaba el carnero colgado, preguntó muy divertido: “*Is this the gentleman who slept here last night?*”.

Cuando el señor Bridges se sintió mejor, envió a los dos jóvenes a la estancia Baker, para que ayudaran en la esquila de sus muchos miles de ovejas. Debían hacer un camino muy largo a caballo, y el pobre Kiley, que era un auténtico hombre de ciudad, estaba asustado de enfrentarse a una cabalgata de varios días a la que no estaba en absoluto acostumbrado. Pero el señor Bridges no tuvo compasión, quizás se trataba de una prueba. A escondidas, le di al señor Kiley una barra de chocolate, porque sabía que a su estómago algo sensible no le convenía alimentarse exclusivamente a base de carne. El señor Bridges la encontró y le hizo duros reproches al pobre muchacho por quitarle el chocolate a una mujer en el campo. Yo no cedí. A pesar de que el chocolate era algo poco común en la Patagonia, no acepté que me lo devolviera.

Tiempo después, llegó la hora de despedirnos de nuestro nuevo amigo, a quien tanto cariño le habíamos tomado. El señor Bridges estaba completamente sano y lo bastante fuerte para soportar la cabalgata a Baker con un acompañante. Hermann y yo lo acompañamos a caballo hasta el alambrado del campo. Allí se apeó y pronunció un discurso conmovedor, un discurso de despedida que nunca olvidamos. Nos habíamos hecho muy buenos amigos. A mí, como símbolo de su cambio de opinión, me regaló el uniforme que había usado durante la guerra, para que me hiciera un traje de montar. Pero no me lo hice, porque a Hermann el uniforme le quedaba como hecho a medida y era de una tela inglesa tan excelente que le fue de gran utilidad durante mucho tiempo.

La germanofobia del señor Bridges había desaparecido. Una vez nos había contado cuál era su origen. Un sobrino suyo muy querido había muerto en un campo de prisioneros alemán. Cuando yo le conté entonces que mi muy querido hermano Fiti había muerto en el Mar de Irlanda, en un submarino hundido por un destructor inglés, cuyo comandante, un teniente de navío llamado Brown, había recibido cinco libras esterlinas como recompensa, quedamos a a mano y enterramos el pasado.

Decidimos que Hermann evaluaría personalmente la oferta que el señor Exss<sup>53</sup> le había hecho en Valdivia, la de encargarse de arrendar la *estancia* El Chacayal. El señor Bridges le prestó para el viaje una *tropilla* de caballos selectos, porque era una cabalgata larga. Las niñas y yo nos alojamos mientras tanto en la *estancia* Lago Posadas con el administrador, el señor Wlotzka, de quien Hermann era amigo. Esa estancia era mucho más lujosa que la de Ghío. Había un cuarto de baño, que disfrutamos mucho, y la casa era muy amplia y confortable. Al principio comíamos en el llamado “comedor chico”, donde un cocinero ejercía su cargo. Pero como la comida era bastante mala, en la sopa flotaban pulgones y la carne era dura y vieja, empecé a encargarme yo misma de nuestra alimentación. Ya había aprendido muy bien a preparar comida de campo.

El cocinero de la estancia Posadas se llamaba Luis Mie. Era alemán, antiguo miembro de una asociación estudiantil, a juzgar por la cicatriz de su mejilla<sup>54</sup>. La primera vez que me apeé del caballo en Posadas, me saludó chocando los tacones y me besó la mano. Sin duda era uno de los tantos “hijos perdidos” con los que se encontraba uno de vez en cuando en la Patagonia, expulsados de su país por algún delito<sup>55</sup>, que terminaban, en camiseta, como cocineros de estancia.

Pero era un genio para ahorrarse trabajo. El primer desayuno de los peones, servido recién al cabo de unas horas de trabajo —ya que en la Patagonia se trabaja “*de sol a sol*”, es decir, desde que el sol sale hasta que se pone—, consistía en vino, bifes y tortillas. Como en verano y en época de esquila, baño o señalada de los corderos siempre se juntaba una gran cantidad de gente en la estancia, freír tantos bifes no era poco trabajo. Luis Mie lo hacía de la siguiente manera: sobre la cocina ponía una enorme sartén donde durante el día iba tirando los trozos de grasa que cortaba de la carne. Los carneros patagónicos eran muy gordos, sobre todo en verano (no tanto en invierno, cuando escaseaba el alimento). Esos pedazos de grasa se iban derritiendo con el correr del día. Por la noche sacaba los *chicharrones* con una *espumadera* grande y se los arrojaba a sus perros, que se los devoraban. Sospecho que mantenía a los perros principalmente para que lo ayudaran a eliminar los numerosos huesos que se caían y los chicharrones. En la grasa derretida tiraba luego los trozos de carne que había recortado a lo largo del día. Por la noche la grasa se enfriaba y se conver-

---

<sup>53</sup> Se trataba de un amigo de la madre de Hermann Brunswig, Gustav Exss, de Valdivia en Chile, quien le ofreció un préstamo para arrendar y trabajar una estancia, Chacayal, en el Territorio de Neuquén a la altura de Valdivia, o sea, cerca de San Martín de los Andes. En el momento de depresión económica que se vivía en estos años, era un ofrecimiento muy tentador. Véanse las cartas en la copia 1937: 29. La estancia Chacayal será el destino al que se dirigirá la familia Brunswig a comienzos de 1924.

<sup>54</sup> Cicatriz producida durante un combate de esgrima entre miembros de una asociación alemana de estudiantes universitarios (*Mensur*).

<sup>55</sup> El ejemplo literario más conocido de este fenómeno social es la historia del protagonista de la novela *Amerika*, de Kafka. En el caso de Argentina se conoce la historia de un tío de Thomas Mann, Eric Pringsheim, cuya historia describieron Walter e Inge Jens hace algunos años, véase su libro *Auf der Suche nach dem verlorenen Sohn – Die Südamerika-Reise der Hedwig Pringsheim* 1907/8. Reinbek: Rowohlt Verlag 2006.

tía en sebo, que cubría los bifés. A la mañana cuando el horno se calentaba, la grasa volvía a derretirse y los bifés que había dentro se freían... ¡Muy práctico!

Las *tortillas* que mencioné antes eran masas chatas, cortadas con una lata de té, que se freían en grasa de carnero. Eran más prácticas que el pan, porque se podían guardar en el bolsillo y no se desmigajaban al andar a caballo, ya que por lo general eran duras como una piedra.

Luis Mie también solucionó de manera genial el problema de cortar leña. En cada estancia había una o más pilas de madera. Las niñas las llamaban “muñecas de madera”. Los troncos se recogían del campo y se guardaban apilados y secos. Todo aquel que quería hacerse un fueguito tenía que hachar su propia leña, el peón de patio sólo hachaba la leña para el administrador. De modo que el cocinero también tenía que realizar aquella tarea. Luis Mie se las arreglaba de la siguiente manera: después de prender el fuego con grasa y un diario viejo, introducía la punta de un tronco entero en el fogón. Apoyaba el tronco, que llegaba hasta la puerta de la cocina, en una horqueta u otro soporte en forma de tijera y lo iba acercando a medida que se iba quemando la madera que estaba dentro del horno. De esta forma, el cocinero podía sentarse al lado con toda comodidad y liar sus cigarrillos, lo único que tenía que hacer era empujar hacia dentro el tronco de vez en cuando.

Al cabo de un mes, aproximadamente, volvió Hermann. Había cabalgado detrás de la tropilla hasta Río Aysen, la estación más austral del ferrocarril costero chileno. Allí dejó los caballos y siguió viaje en tren, otra vez de manera muy civilizada, hasta Valdivia, donde se encontró con el señor Exss. Se dirigió con él a caballo por el paso del Tromen hasta Argentina, inspeccionó la estancia, y como las condiciones eran favorables y sobre todo eran mucho mejores las condiciones para la familia, aceptó la oferta. Volvió con nosotras por el mismo camino que a la ida, en tren y a caballo, y comenzamos a prepararnos para el largo viaje a Valdivia, pues yo debería quedarme allí con las niñas alrededor de medio año. Por un lado, hasta que el bebé que estaba esperando naciera y fuera lo bastante fuerte para soportar la cabalgata a través de la Cordillera. Por otro lado, las niñas debían ir a la escuela y Hermann tenía que preparar nuestra llegada a la hermosa estancia El Chacayal. Un matrimonio alemán que haría un viaje a Alemania nos iba a dejar su departamento. Muy cómodo, con una buena sirvienta, de nuevo muy civilizado.

Primero fuimos otra vez a San Julián, donde tuvimos que esperar tres semanas a que zarpara el vapor que nos llevaría a Punta Arenas. Por aquel entonces no había horarios fijos en la ruta atlántica, había que esperar hasta poder seguir viaje.

Lo mismo nos ocurrió en Punta Arenas, donde el tiempo ya estaba bastante frío y desapacible. No obstante, un par de familias alemanas se ocuparon de nosotros, de modo que la espera no se nos hizo demasiado larga. Las colchas del hotel eran mantas de guanaco, cosa que me pareció un poco asquerosa. Fue todo un acontecimiento ir a tomar el té a lo del señor Hobbs, que vivía con su familia en un palacete encantador que, según decían, pertenecía originalmente a la querida de un rico estanciero. Afuera nevaba, pero una gigantesca chimenea donde ardían grandes leños calentaba el comedor amplio y elegante.



Sobre la mesa había un gran ramo de rosas. ¡Qué maravilla! Yo no había vuelto a ver rosas desde que nos fuimos de Europa. Al verme cómo las admiraba, el señor Hobbs le hizo una seña a la sirvienta, ella apretó un botón y toda la pared del fondo se abrió y dejó a la vista un jardín de invierno. Pero no uno con palmeras en macetas, sino con un césped verde y corto, donde crecían altos rosales llenos de flores. Un aroma a tierra fresca llegó hasta donde estábamos nosotros. ¡Era maravilloso! A mí me parecía el lujo más grande que había visto en mi vida, porque todo había tenido que importarse de Europa, hasta la tierra en la que crecían las rosas.

Después llegó por fin el pequeño y viejo vapor *Magallanes* y nos embarcamos para emprender nuestro último viaje por mar. Éramos unos diez o doce pasajeros, la mayoría de los cuales iban a Santiago. En la cubierta habían puesto unos caballos de carrera en boxes acolchados. Los camarotes estaban dispuestos alrededor del comedor, que a la vez servía de sala de descanso. Yo dormía con las niñas en un camarote para cuatro y Hermann en otro. El tiempo era bastante desapacible como correspondía a esa época del año, pero mientras navegamos por el estrecho de Magallanes y los canales chilenos, hubo mar calmo. En aquellos tiempos el estrecho de Magallanes carecía de faros, por eso teníamos que fondear de noche. Entonces se acercaban de un lado unas canoas con indios. Estaban en cueros a pesar del frío, que no parecía importarles. En el centro de una de las canoas iba sentada una mujer gorda cubierta por una capa hecha de pieles, bajo la cual los niños, igualmente desnudos, se resguardaban de vez en cuando. Pero no fue una buena experiencia. La tripulación del vapor se divertía tirando no sólo pan, tortas, cigarrillos y licor, que los pobres indios sacaban del agua, comían y bebían, sino también ropa, sombreros y toda clase de cosas para que se disfrazaran, cosa que a los marineros les causaba muchísima gracia. No era nada agradable, y daba vergüenza ver a los blancos, supuestamente civilizados, que tan descaradamente se burlaban de aquellos pobres indios.

Cuando salimos del estrecho de Magallanes, el Pacífico no nos recibió de un modo precisamente “pacífico”. Podíamos seguir navegando cerca de la costa, pero teníamos que cruzar el tristemente célebre Golfo de Penas –*nomen est omen*–, y el capitán no se atrevía a hacerlo debido al fuerte oleaje. Permanecimos cuatro días en una pequeña bahía de selva virgen esperando a que mejorara el tiempo. Bajar a tierra era imposible. Por todas partes había una espesa selva. Parecía como si todo estuviera empapado de agua, los árboles estaban cubiertos de largas barbas de musgo. Nunca escribí tantas cartas como en aquellos cuatro días. No se podía hacer nada, porque incluso era desagradable estar en cubierta. Pasado ese tiempo, cuando las provisiones a bordo empezaron a escasear, el capitán decidió emprender la travesía por el golfo. La cena se sirvió a las seis, ya con barras estabilizadoras, pero luego ordenaron que todos los pasajeros se fueran de inmediato a los camarotes. Y entonces se desató el infierno. Normalmente ese cruce dura ocho horas. ¡Nosotros tardamos veinticuatro! Menos mal que las niñas durmieron profundamente toda la noche, yo estaba muy mareada, nos zarandeábamos tanto que me costaba sostenerme en el camarote. Cuando aclaró, las niñas se despertaron y empezaron a que-

jarse. “Mami, mami, mami”, lloriqueaban todo el tiempo, pero mami no podía ayudarlas. Intenté distraerlas contándoles cuentos, pero no sirvió de mucho porque el miedo me cerraba la garganta. En el bufete cercano, los platos viraban haciendo un ruido infernal. En un momento cesó de repente el golpeteo de la máquina del vapor y el barco empezó a balancearse aún más que antes. Al cabo de unos minutos se arregló, pero ¡en qué estado había quedado nuestro camarote! ¡Indescriptible! Con el caos se había derramado la botella de agua que estaba en una base de madera, sobre el tocador. Por fin, a la tarde volvimos a estar cerca de la costa. El mar se había calmado. Hermann vino a ver cómo estábamos, y el camarero arregló el camarote. Fuimos a comer. Yo pedí un poco de avena, no tenía ganas de comer nada más. Pero, ¡válgame Dios!, la avena estaba hecha con agua de mar. El tanque de agua dulce se había inundado y hasta la mañana siguiente, cuando anclamos en Ancud, el puerto más austral de la Isla de Chiloé, situada frente a Chile, no hubo una sola gota de agua dulce.

En Ancud, Hermann bajó a tierra. Yo me quedé a bordo con las niñas, porque aún estábamos un poco descompuestas. Mientras mirábamos la pequeña ciudad por la regala, se acercó una pinaza que remolcaba algo. No pudimos ver de qué se trataba hasta que la lancha atracó al costado del barco: una vaca viva, con un cabo atado a lo cuernos. El pobre animal había tenido que nadar hasta allí. El mástil de carga fue arriado por la borda y subieron la vaca por los cuernos a la cubierta, donde la carnearon. Al mediodía sirvieron bifes frescos, pero también había de nuevo verduras, frutas y, por sobre todas las cosas, agua dulce.

Todavía nos faltaba cruzar un golfo, el de Corcovado, pero nos llevó sólo un día. Permanecimos en la cubierta y, con la receta contra el mareo de mar que mi tío Friedrich me había dado para el viaje, “cantar a voz en cuello”, estuvimos todos bien.

En Valdivia nos habían dado por perdidos, así que nos recibieron con gran júbilo. Sin embargo, nuestro fiel vaporcito se hundió de veras durante el siguiente viaje.

Allí nos acogieron con mucha amabilidad. Las niñas fueron al colegio alemán. Nuestro primer hijo varón nació en el Hospital Alemán, con la asistencia del doctor Holzapfel, igual que en Kiel. Y me atendieron enfermeras alemanas de Lübeck. Era como estar en mi tierra. Muchas familias amables nos invitaron a su casa. ¡Lo pasamos tan bien! Pero pronto Hermann tuvo que abandonarnos otra vez, para dirigirse a caballo a nuestro nuevo hogar, Chacayal. Durante las vacaciones de verano de las niñas, el matrimonio Exss nos invitó a su hermoso fundo San José de la Mariquina. También estuvimos unos días con su hermano Bernardo, en el fundo Chunimpa. Lo pasamos de maravilla. Cabalgamos por esas hermosas tierras. Las digitalis eran tan altas que pasábamos a caballo por debajo de ellas. Había campos de margaritas inmensos y setos de moras más altos que una casa.

Poco antes de Navidad, Hermann vino a buscarnos. El último tramo de nuestro viaje nos llevaría finalmente a casa. Con un pequeño ferrocarril de trocha angosta se llegaba en un par de horas de Valdivia al lago Riñihue, donde pasamos la noche.

Allí nos llevamos otro pequeño susto. Antes de la partida –mientras yo estaba ocupada con el equipaje y el bebé–, las niñas habían pasado mucho tiempo en los cerezos cargados de frutos, y a la noche, en el hotel, Iya sufrió tal descarga que temí que no pudiéramos seguir viaje al día siguiente. Pero se repuso y nuestro plan se cumplió tal como estaba previsto.

A la mañana temprano, durante la travesía por el lago, celebramos una pequeña Navidad adelantada. Encendimos las velitas de un arbolito natural con guirnaldas plateadas, que yo había llevado en una cajita, y cada uno recibió un regalito que se podía guardar en el bolsillo sin añadir peso a nuestro equipaje.

En la otra orilla del lago ya nos estaban esperando los caballos que habíamos encargado. Las niñas sabían montar muy bien. En Ghío, el señor Bridges les había regalado un caballito chilote blanco, Bola de Nieve, que ellas adoraban y luego –como por supuesto no pudimos traerlo con nosotros– quedó para los hijos de Bridges. En San José de la Mariquina había un almacén que pertenecía al fundo, donde los indios hacían sus compras. En un palenque largo había atados todo el día una hilera de caballos peludos ensillados. Nuestras hijas los rondaban, los desataban, se trepaban y salían al galope. De ese modo aprendieron muy pronto a sostenerse encima de un caballo, sobre todo las gemelas, aunque también María perdió el miedo. El hecho de que una vez se contagiaran la sarna ya no fue tan agradable, pero se curó enseguida con bálsamo del Perú, que tiene un olor horrible. Estábamos seguros de que la larga cabalgata de cinco días por la Cordillera no supondría ningún inconveniente para las niñas.

El paso que tomamos, Los Lagos, era un cruce a Argentina interrumpido por cinco lagos, transitable durante casi todo el año. Fuimos a caballo de un lago a otro y, en cada lago, un vaporcito nos cruzaba a la otra orilla. En todos los lagos había un boliche para pasar la noche. Allí lavaba yo los pañales y los tendía en un arbusto para que se secaran durante la noche. Unas semanas antes había acostumbrado al bebé a dormir en una canasta grande. Durante las cabalgatas, la canasta iba amarrada sobre el lomo de la mula que llevaba las valijas, bien envuelta en una funda, y el bebé dormía en ella por las noches y en los barcos. Para llevar al pequeño durante las cabalgatas, habíamos contratado a un indio acostumbrado a esa clase de viajes. Le dimos un enorme mantón negro, como el que llevan las verduleras en el mercado, doblado en forma triángulo, colgado de los hombros y sujeto con alfileres de gancho grandes, donde iba el niño envuelto, como se estilaba antes. Delante de él, el jinete llevaba un almohadón de crin atado con tiras a su cintura, para que el niño no se golpeará contra el borde duro de la montura. Esto me lo habían aconsejado las damas de Valdivia, que solían hacer esa clase de viajes con niños. Funcionó de maravilla. El hombre era excelente. Yo lo hacía cabalgar a mi lado, pero a veces me explicaba: “Señora, el chico quiere galopar”, y se alejaba de mi vista.

Al mediodía siempre descansábamos un par de horas, porque ya hacía bastante calor. Un mediodía nos quedamos en casa de un alemán, el señor Birke, dueño de un aserradero situado en medio de una magnífica selva. Él y su hijo nos acompañaron para mostrarnos el camino y nos llevaron a una catarata de unos cien metros de altura. Era imponente ver –nosotros lo mirábamos de arriba–

cómo el agua borboteaba en una enorme caldera antes de precipitarse a través de una angosta grieta en la roca, llenando todo el valle de rocío.

En la más absoluta soledad, y con no poco miedo por mi parte, tuvimos que cruzar un puente colgante sobre un profundo precipicio. El puente era solo un tablón no muy ancho sin barandas, y como estaba suspendido de unas cadenas en ambas orillas y se mecía suavemente, había que cruzarlo de a una persona por vez. Les recomendé encarecidamente a las niñas que pasaran muy quietecitas, porque los caballos conocían bien el camino, y que mirasen siempre fijamente algún árbol de la otra orilla y no hacia abajo, para no marearse. Todo fue bien. Aunque se me paró el corazón cuando la atrevida Asse, en mitad del puente, se volvió hacia mí y gritó: “¡Yo ni miro el árbol!”. Pero, como ya dije, llegamos todos sanos y salvos al otro lado.

Al caer la tarde arribamos al último lago, donde la familia holandesa Van Dorssen tenía un hotel muy confortable. Estaban celebrando la Navidad y, como es costumbre en Holanda, sirvieron una enorme fuente de arroz con leche. No había otra cosa de comer, así que aquella noche mi pobre marido, que detestaba el arroz con leche, debe haberse ido a la cama con hambre.

Luego vino la última travesía por el magnífico lago Lacar. En la otra orilla, en San Martín de los Andes, ya estaba la enorme carreta de Chacayal y un caballo para Hermann, así que los últimos sesenta kilómetros los hicimos muy cómodos, recorriendo el bello paisaje de la Precordillera, que durante años habría de ser nuestro nuevo hogar.

Así acaba, como quien dice, la obertura de nuestra vida en Sudamérica. Habíamos vivido muchas experiencias, buenas y malas, y habíamos echado profundas raíces en la nueva tierra.

## **Berta, la emperatriz de San Julián**

Se llamaba Berta Freytag y era una típica mujer de Kiel, como se notaba inconfundiblemente por su forma de hablar. Había pasado la flor de la juventud y tampoco era bella, pero sí capaz, eficiente, excelente cocinera y leal a nuestra familia. Había trabajado varios años para mi madre, primero como cocinera, luego como única criada. Cuando Hermann emigró a Argentina y yo tuve que prepararme para cumplir con las obligaciones que allí me esperaban<sup>56</sup>, necesité a una persona de confianza que me ayudara con la casa y las niñas, así que Berta se mudó a mi casa. Se encargaba de sus tareas con energía y destreza, se ocupaba de todo de manera ejemplar y se entregó al cuidado de las niñas hasta el punto de sentir que sin ella las tres pequeñas no llegarían a nada. Así fue madurando en Berta la decisión de emigrar con nosotros a Argentina, cosa que iluminaba un poco mis perspectivas para ese futuro un tanto oscuro, del cual yo tenía ideas muy inciertas.

El 4 de enero de 1923 nos embarcamos en Hamburgo y zarpamos en el *Monte Olivia*. Por aquel entonces, la disciplina de la tripulación dejaba bastante

---

<sup>56</sup> Ella aprendió de partera para prepararse en un oficio práctico para su vida en la Argentina.

que desear, los camareros llevaban la voz cantante y Berta no tardó mucho en desempeñar cierto papel dentro de esa categoría, perdiendo, por desgracia, su modestia. En Buenos Aires, cuando paramos en casa de los Kuhn antes de continuar viaje al sur en el vapor *Buenos Aires*, ellos me advirtieron que Berta había estado diciendo cosas bastante revolucionarias en la cocina. Pero no le di mucha importancia, porque sabía que el personal del barco sólo hablaba castellano y Berta no hablaba una palabra, de manera que casi no podía hacerse entender y dependía enteramente de mí. Hay que atribuir esa credulidad a mi juventud, yo tenía apenas veintinueve años.

Cuando llegamos a San Julián, el destino me jugó una mala pasada. Era carnaval y nadie hubiera consentido, ni por amor ni por dinero, en llevarnos en el acto a la estancia Ghío donde nos esperaba Hermann. Para bien o para mal, tuvimos que pasar tres días en aquel pueblo de mala muerte, con una sola calle por la que de día sólo pasaba el viento arrastrando los bidones de lata vacíos y de noche todos los vehículos de la ciudad participaban del corso. Debía ser el acontecimiento más importante del año, y supongo que habría mucha animación en los numerosos bares y *boliches*. Desde la ventana del hotel, yo contemplaba con mis hijas aquel espectáculo que me parecía extraño pero agradable. Pero a Berta, que enseguida se volvió una celebridad en esa pequeña ciudad donde las mujeres eran una rareza, y más aún las mujeres de países lejanos ya algo afectadas por los modernos aires europeos de independencia, fue imposible retenerla y, por supuesto, se sumó a la parranda salvaje. Me sentí aliviada cuando al cabo de tres días partimos, a las siete de la mañana, para la estancia. Las niñas y yo viajamos con el señor Gladisch, un conocido de Hermann, en su “Fortacho” abierto, bien atado; y Berta, con el chofer del camión, el señor Kloss, que llevaba nuestro equipaje, y a quien ella ya conocía bien de las diversas fiestas de carnaval, cosa que yo desde luego no sospechaba.

Después de un viaje de tres días llegamos a Ghío al caer la tarde, y la impresión que me produjo la casita acogedora me levantó bastante los ánimos. Berta sacó las cosas de la valija y pareció enmendarse. Pero al día siguiente, muy temprano, reclamó un espejo que sabía bien que estaba en una de las valijas que todavía no estábamos por abrir. Le alcancé el mío a través de la puerta, pero el segundo reclamo no tardó en llegar: dijo que no pensaba beber en una “taza de lata”, entre paréntesis una taza esmaltada, cosa que a nosotros no nos molestaba. Presentí algo malo, como mínimo que Berta no se acostumbraría fácilmente a este nuevo mundo.

A los pocos días apareció el camión del señor Kloss, que había continuado viaje para llevar correspondencia y mercaderías a distintas estancias y regresaba ahora a San Julián. Cuál no sería mi sorpresa cuando Berta nos comunicó que no iba a quedarse con nosotros, que aquel lugar no se correspondía con su posición social y que se volvía a San Julián. Riendo, desoyó todas las advertencias de Hermann acerca de lo que allí podía ocurrirle, y sin grandes despedidas se subió al camión y se marchó.

El alma se me cayó a los pies, porque en esos primeros días ya me había dado cuenta de lo que me esperaba en cuanto a tareas, experiencias, etc., en una palabra, cumplir con las obligaciones de una mujer de campo, algo que yo

todavía no había aprendido, pero se me exigía desde el primer día. Con la ayuda de Berta no hubiera sido difícil, pero, a decir verdad, no me sentía del todo a la altura.

Pues bien, Berta enseguida encontró trabajo en el hotel, de cocinera, que era su profesión. De lo que pasó luego nos fuimos enterando de manera esporádica y fragmentaria. Las etapas se llamaban: *comisario*, *milico*, y así sucesivamente. Parecía ir de mal en peor, tal como había vaticinado Hermann.

Nos quedamos poco más de un año en el entonces Territorio<sup>57</sup> de Santa Cruz y luego nos trasladamos a Chacayal, en el Territorio de Neuquén. Berta se borró de nuestra memoria, sólo de vez en cuando alguno de nosotros se preguntaba qué habría sido de ella. No obtuvimos respuesta hasta mucho tiempo después, cuando llegó un viajero proveniente del sur, que pasó una noche en casa. Le preguntamos si alguna vez se había cruzado allá en el sur con una mujer llamada Berta Freytag. “Claro que sí”, respondió, “a Berta Freytag se la conoce en toda la costa atlántica como *la emperatriz de San Julián*”.

---

<sup>57</sup> Algunas de las actuales provincias argentinas que se fueron integrando lentamente a medida que se conquistaban territorios indígenas, como Misiones, Chaco, La Pampa y las provincias patagónicas, carecían de autonomía administrativa hasta mediados del siglo XX y eran administradas desde Buenos Aires como Territorios Nacionales.